

LA SEÑAL DE EMPEZAR

LA campaña electoral del referéndum, que en los momentos de aparición de TRIUNFO se estará votando todavía, ha dejado un sabor agrio y al mismo tiempo estúpido. Ni uno solo de los recursos del juego más sucio y más repugnante se ha omitido: desde el insistente del asesinato como provocación, de unos asesinatos sin la atenuante de formas patrióticas de pasión —atenuante, en todo caso, muy dudoso y relativo—, sino calculados, minuciosos, preparados tanto en la estrategia como en la táctica, hasta las manifestaciones de amenaza y presión, las amenazas, las cartas-bomba, los grupos amenazadores y hasta el descubrimiento de una parte pintoresca de complot que podría ser la careta carnavalesca de un rostro más ceñudo y más serio. Sin olvidar la misma parte de estupidez que tiene el crimen, la estulticia verbal ha brillado en las diversas formas de pedir el voto; las minorías que pedían el no desde distintos ángulos y los tenores que reclamaban el sí nos han llenado de falacias, de exageraciones, de impregnación de unos voluntarismos ajenos a la realidad. Se ha dicho que era una Constitución atea y una puerta al comunismo; como se ha dicho que era de una gran pureza democrática, de una neutralidad admirable y de una capacidad instrumental elevada para la nueva España. En gran parte, toda esta campaña ha ido a producir un considerable estrago: el del fomento de la indiferencia, del alejamiento, por una parte considerable de la opinión pública política española. Sobre todo, de la opinión democrática. Hubiera producido un gran número de abstenciones —y aún no estamos seguros de que las esté produciendo en este miércoles de carácter histórico— de no haber sido por la brutalidad de la acción de los antidemócratas, de los anticonstitucionales, que ha levantado una oleada de lo que hemos llamado aquí, más de una vez, situación de defensa propia. Todo lo sucedido hasta ahora, desde el 15 de junio, ha contribuido a colocarnos a todos en una situación falsa. Doy por supuesto, basándome en los últimos cálculos, auscultaciones y datos de computador, que los recuentos fi-

nales van a dar una amplitud más que suficiente al voto afirmativo. La falsedad inicial en que nos coloca es que este voto positivo representa, en realidad, un voto negativo: el "Sí" supone sobre todo un "No" al régimen anterior, a las formas de dictadura, a los agitadores de la gran derecha. Es un "no" a la situación de caos que de una manera real produciría el voto negativo: a una crisis que abarcaría al Gobierno y a la forma de Estado, a los partidos políticos que han configurado la situación, y que podría arrastrarnos a una noche política quizá no larga —por la falta de asistencias reales en el interior y en el exterior—, pero destructiva, y de la que habría que salir con una situación de fuerza.



LO que significará el resultado es, por lo tanto, especie de levantamiento cívico en favor de la democracia. Ya veremos, cuando el escrutinio esté terminado, el análisis que permite la dosificación de abstenciones, negaciones y afirmaciones, como ya veremos su reparto por provincias, incluso por barrios y distritos. Será una enseñanza de alguna utilidad, en el sentido de demostrar una vez más —como en el primer referéndum, como en las elecciones generales— que la mayoría española es demócrata y no se ha decepcionado suficientemente con el mal ensayo de democracia débil, consentidora y equívoca, y un día se verá hasta qué punto hay una responsabilidad en el presidente del Gobierno de haber esgrimido fantasmas de izquierda frente a la derecha, fantas-

mas de derecha frente a la izquierda, para quedarse con el papel beneficioso del exorcista.

SI este resultado se produce, podrá ser la señal de empezar. Hemos tenido ya demasiadas señales para empezar en los últimos tres años, y todas han sido frustradas. Si nos atenemos al texto de la Constitución, es también frustrante. Y si calculamos el valor de las amenazas de los totalitarios, sabemos también que no les va a contener el muro del voto.



Tres expresiones vernáculas de la Constitución española: catalana, vasca y gallega.

LO que hay que empezar, por lo tanto, es una verdadera democracia. Partiendo, quizá, de una revisión del "consenso" y situando las cosas en su verdadero lugar: el "centro" de Suárez como una derecha, la derecha extrema como un fascismo y la izquierda como una oposición plural que ponga por delante de todo sus verdaderos fines y objetivos. Sin olvidar dentro de todo ello, y sin confundirlo con una contradicción, que una determinada unidad debe responder a las amenazas de fascismo, como el ciudadano ha debido responder ante las urnas.

Y partiendo de una revalorización de las Cortes, y de una devolución de papel protagonista al Congreso y, sobre todo, a las sesiones plenarias, sin más escamoteos por vías de comisiones y de reuniones privadas. Será también interesante que los partidos de la izquierda dejen penetrar una mayor democracia, lo cual quiere decir una transmisión más fiel de las necesidades, problemas y opiniones de sus bases, menos moderadas por las direcciones de como ocurre hasta ahora. Y que la prensa recupere su papel de informadora con capacidad de clarificación, y que la televisión alcance una neutralidad activa.

A partir de ahí, y posiblemente tras las vías imprescindibles de unas elecciones municipales y de unas elecciones generales que nos reflejen en las Cortes con autenticidad la dosificación política del país, habrá que comenzar el desarrollo de la Constitución. Es la tarea más trascendental que espera a los políticos y a todos los españoles. Este texto ambiguo debe completarse, desarrollarse, por leyes que no lo sean, con un lenguaje claro y una parte dispositiva sin equívocos.

CUANDO se consiga todo esto —si es que se consigue alguna vez— podremos estar satisfechos de tener una condición democrática: y cuando todos los antidemócratas hayan sido reducidos a un estado de aceptación y de cumplimiento de las reglas del juego.

EL referéndum tiene estos dos valores: el de defensa frente a la reacción y el de una señal de empezar. Fuera de ello, todo es peligroso. ■

EL FILIALISMO

QUE ha hecho la democracia por nosotros?", me preguntó un desengañado. Le respondí: "¿Qué hemos hecho nosotros por la democracia?". ¿No estará la democracia desengañada de nosotros? Parece que al español se le ha metido hasta el fondo de los huesos la pasividad filial y el sentido de protesta —también filial— de la dictadura. Hay un mal en política —y en la empresa, y en la autoridad— que es el paternalismo. En esto estamos todos de acuerdo. Pero hay otro mal muy grave que es el del filialismo. Consiste en dejarse llevar y en protestar después. Lo que conocemos hasta ahora con el nombre de democracia ha servido para aumentar el número de protestas —para hacerlas públicas con los numerosos medios que cada uno tiene a su alcance—, que han ido derivando hacia una situación insostenible: cada uno protesta de todos los demás. Es un pueblo de críticos. Yo no digo que eso no sea positivo: lo que digo es que es insuficiente y que amenaza con paralizar la verdadera acción democrática.

¿Nos puede pasar lo mismo con la Constitución? Cuando se publiquen estas líneas la estaremos votando o habremos votado ya. Quizá a regañadientes —gracias a nuestro concepto crítico—, quizá porque nos han llevado al extremo de Constitución o caos, y hemos mascado y olido el caos como algo muy posible. Será dramático que nos quedemos en eso. Y que empiece de nuevo el filialismo, la protesta, el desengaño. No hay nada que abone más la esperanza de los anticonstitutionalistas, de los antidemócratas, no hay mejor reconstituyente para sus restos de fuerza, que esta posición pasiva, reepondona y alejada.

Nos quejamos de los partidos políticos: no hemos aprendido todavía que los partidos políticos somos nosotros, y que tenemos que hacerlos permeables a nuestra opinión, si somos militantes, y a nuestro voto, si somos electores; los sindicatos, las asociaciones, las empresas, cualquier forma colectiva o individual de acción ciudadana está en nuestra obligación. Lo que pasa es que todo esto requiere un esfuerzo suplementario a nuestra vida cotidiana, y quizá no tengamos ninguna gana de hacerlo; quizá seamos más aficionados al filialismo, a dejar que los padres de la Patria peroren y actúen y, al final, criticarles y decir que así no vamos a ningún sitio. Quizá prefiramos no leer periódicos para no enterarnos de lo que pasa: no estando informados, podremos seguir en nuestros viejos errores. Si alguna gana de actividad nos queda, la utilizaremos sólo para protestar.

Y así puede perderse esta ocasión única. La democracia, la Constitución, viene muy raras veces de visita a casa de los españoles. Si dejamos que la echen, puede tardar mucho en volver. Para que venga y para que se comporte como es debido, tenemos que participar en ella.

Así debe ser el período que nos espera. ■

POZUELO